

Commenter en espagnol le texte suivant et le traduire de « La fuerza de la lluvia estremecía... » jusqu'à « ... los proveedores de mobiliario eclesiástico. ».

[La acción transcurre en los años 1990, en una ciudad de provincias del sur de España. El padre Orduña sirvió años atrás la causa franquista, antes de comprometerse, en los años 1970, en las luchas obreras].

La fuerza de la lluvia estremecía el cristal de la ventana, y el viento soplaba muy fuerte ahora, en los descampados donde antes estuvieron los talleres y la granja, y donde ahora había edificios en construcción, grúas que oscilaban con gruñidos metálicos mientras las zanjas de los cimientos y de los garajes subterráneos en excavación se llenaban de agua, de
5 cieno pardo y denso. Buscó a tientas el botón del flexo, y cuando la luz se encendió sus gafas cayeron al suelo. Se incorporó para recogerlas y las plantas de los pies se le quedaron heladas al pisar las baldosas. Se envolvió en una bata vieja de cuadros, se lavó la cara con agua muy fría, en el pequeño lavabo contiguo a su habitación, donde había también un plato de ducha.

El padre Orduña no vivía tan austeramente porque hubiera renunciado por una
10 decisión de su voluntad a las comodidades que para otros eran imprescindibles: vivía así porque no sabía imaginarse a sí mismo viviendo de otro modo, y porque aquellas cosas que otros disfrutaban a él le resultaban indiferentes. Miraba sin mucha atención los escaparates de las tiendas y se acordaba del asombro de Sócrates ante las abundancias del mercado de Atenas: “Cuántas cosas existen que yo no necesito”. Le gustaba su cama estrecha, de
15 anticuados barrotes cilíndricos, pegada a la pared, y hasta no mucho tiempo atrás había dormido admirablemente en ella, a pesar de su estrechura, de lo áspero de las sábanas y lo mezquino del colchón, y ni su mesita de noche, desconchada en los ángulos, ni el flexo con la pantalla azul metalizada le parecían lo que eran, testimonios de una cierta modernidad ya decrepita de los años sesenta que había sido particularmente favorecida por los proveedores
20 de mobiliario eclesiástico. No siempre lograba vivir de acuerdo con su alma, pero sí estaba de acuerdo con su habitación, a la que no llamaba su celda porque le hubiera parecido presuntuoso. [...]

A las siete menos cuarto ya estaba vestido, con su jersey gris de cuello alto y su pantalón azul mahón idéntico a los que usaba en sus años de párroco obrero, con sus
25 zapatones negros que cualquier otro habría tirado al menos diez años atrás, pero que él seguía cuidando y llevaba a poner medias suelas a la tienda del único zapatero remendón que quedaba en la ciudad, el hijo de un zapatero comunista con quien el padre Orduña había mantenido en otro tiempo discusiones agotadoras y apasionadas sobre la existencia de Dios, la naturaleza humana o divina de Jesucristo, el ímpetu de revolución social de los evangelios,
30 discusiones en voz baja, desde luego, sostenidas en el mismo portal donde entraban las mujeres con sus zapatos viejos envueltos en periódicos, teología laboral y clandestina.

Crujían sus zapatos cuando cruzó los pasillos vacíos de la residencia, con luces muy débiles en las esquinas, como en las calles de una ciudad deshabitada, las baldosas blancas y negras disolviendo su perspectiva en la fría oscuridad y en la mirada miope del padre Orduña, que lo rodeaba siempre de distancias de niebla. Tanta gente se había ido marchando o muriendo a lo largo de los años, y la residencia parecía que se hubiera hecho más grande, se había multiplicado el número de las habitaciones, de los dormitorios y las aulas, la longitud de los pasillos y las escaleras, la monotonía aritmética de las baldosas, blancas y negras, sueltas, algunas, resonando ahora en los lugares previstos, mientras el padre Orduña bajaba con pasos lentos y enérgicos hacia la iglesia, la cabeza ancha y fornida, la barbilla adelantada sobre el pecho, las manos a la espalda, o tanteando por precaución la baranda de las escaleras, las rodillas avanzando como si todavía encontraran la resistencia de una sotana, aunque el padre Orduña llevaba muchos años sin ponerse ninguna. Aún se acordaba del escándalo en la ciudad, los párrocos y las beatas, el elemento católico, como se decía entonces, desconcertados y furiosos porque algún jesuita había salido a la calle vestido de *clergyman*, aunque era posible que ninguno de ellos lo hubiera visto, todo era un rezadero de chismes en las sacristías y en las novenas, en las mesas camillas donde se fosilizaba cada tarde el tedio del rosario, en algún café de los que entonces todavía quedaban: ese cura que es nieto o sobrino del general de la estatua ha pasado por la calle Nueva vestido de paisano, con chaqueta negra y alzacuello, como un protestante, desde siempre fue un rojo, se le veía venir, y le negaban el saludo, se cruzaban con él y miraban a otra parte, un veterano de la División Azul que seguía llevando pistola escupió delante de él antes de cruzarse de acera, un viernes santo por la tarde, en medio de una multitud.

Ahora esas cosas le parecían mentira. Parecía mentira que hubieran existido, y más mentira aún que con el tiempo dejaran de existir, tan sólidas como eran, tan indestructibles. Para llegar a la sacristía el padre Orduña tenía que cruzar un patio de deportes desprotegido por la lluvia. Hacía muchos años que nadie jugaba en él al baloncesto, pero aún estaban dibujadas las líneas blancas sobre el asfalto y permanecían en pie los armazones metálicos de las canastas. Quiso apresurarse, pero los zapatos se le calaron en un charco que no había visto, se le cayeron las gafas y durante más de un minuto se vio a sí mismo humillado y algo ridículo, inclinado en la oscuridad, bajo una lluvia muy fuerte, buscando las gafas, temiendo pisarlas en la vaguedad nublada de su miopía.

Antonio MUÑOZ MOLINA (Espagne, 1956-), *Plenilunio*, 1997, Madrid, Punto de Lectura, 2000, p. 423-427.